

Un diálogo intenso con la tradición poética mexicana

Carlos Montemayor, *9 poetas mexicanos* (ed. e intr. Ysla Campbell). México, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2021, 226 pp.

Roberto Sánchez Benítez*



Este libro recoge ensayos de Carlos Montemayor que aparecieron en distintos medios impresos entre los años 1975 y 2001 y que ahora, gracias a la labor incansable de investigación y divulgación de la Dra. Ysla Campbell, académica del Programa de Literatura de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), tenemos oportunidad de verlo publicado. Tal como lo indica la especialista, existió una copia mecanografiada del libro en las oficinas del Fondo de Cultura Económica, así como en Conaculta, sin embargo, nunca fue publicado. No es sino hasta que se revisa el fondo del autor y su archivo de trabajo depositado en la propia UACJ, que se ubica el material, publicado en una edición que seguramente será consultada por alumnos y especialistas en la obra de Montemayor, así como de la poesía mexicana de la segunda mitad del siglo XX, particularmente la poesía de los contemporáneos. La labor de la Dra. Campbell ha sido muy cuidadosa, a sabiendas de la riqueza de los textos de Montemayor, realizando cotejos con las versiones existentes, revisando y elaborando notas que comentan aspectos importantes de la edición. La introducción al libro resulta muy orientadora en cuanto a la lectura que se tendrá del libro, destacando aspectos muy sutiles de los análisis de Montemayor.

Fecha de recepción:
2023-03-14

Fecha de aceptación:
2023-03-22



* Profesor investigador en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez: ORCID: 0000-0002-9481-9185.

Montemayor se refiere en este libro a cuatro poetas del grupo de los contemporáneos, ese “archipiélago de soledades”, “poetas de la muerte”: Jorge Cuesta, José Gorostiza, Gilberto Owen, Carlos Pellicer; además, alude a Efrén Rebolledo, uno de los primeros poetas eróticos de la poesía mexicana, Elías Nandino, Efraín Huerta, Rubén Bonifaz Nuño y Alí Chumacero. Poetas que, como lo señala en la Advertencia, fueron afines a sus temas y por los que sintió una admiración indeclinable.

Es de destacar el rigor, el conocimiento profundo, sensible, que tenía Montemayor de dichos poetas, algunos de los cuales se encuentran entre los más herméticos y sutiles de la poesía mexicana. Su vasta erudición, el conocimiento de las tradiciones literarias clásicas, el entendimiento de los avatares de la poesía a lo largo de su historia y su familiaridad con los movimientos modernista y contemporáneo de la poesía, así como su conocimiento de la poesía mexicana, en general, hicieron de Montemayor un interlocutor excepcional. Por este camino privilegiado quiso indagar el secreto o misterio más íntimo de nuestro ser, una adivinación que sólo podría ocurrir por medio del lenguaje frente a la incierta iluminación sobrenatural de los poetas.

Cada uno de ellos es ubicado a partir de nociones de la crítica, sobre las cuales Montemayor se encumbra para aportar un análisis y entendimiento crítico a su vez —la crítica de la crítica—; la referencia a algún con-

texto, con motivo de alguna tradición e influencia literaria a partir de la cual justipreciarlo, sólo que la palabra que agrega no es la de un analista o crítico más, sino la de un poeta que entiende a sus pares; palabra que se agrega a lo dicho mas para iluminar sus sentidos ocultos.

A fin de cuentas, es la palabra poética, tanto en el objeto como en el medio y el análisis, la que sale triunfando. Montemayor no pretende suplantar a la poesía con una palabra que no sea su eco, la forma en que en su interior reverberan las imágenes, las profundidades a las que nunca se había atrevido la poesía mexicana. Por ello, se suma a la tarea de poetas que son entendidos por sus pares, al ejercicio de una conciencia crítica que igualmente ha acompañado a la poesía moderna. Aludiremos tan sólo a los ejemplos de Cuesta y Gorostiza, creadores de una “poesía personal”, hermanos espirituales, aunque con conquistas y alcances diferentes y complementarios. El ángel, el demonio, el hombre, Dios, la muerte son las figuras y temas que constituyen uno de los ejes de análisis que Montemayor utiliza muy especialmente para relacionar a estos dos poetas, comparándolos con Gilberto Owen:

Si para Cuesta el demonio es un instinto de la inteligencia y para Gorostiza el que remplace a Dios cuando la inteligencia entiende y nos entrega una ramera de rubor helado, para Gilberto Owen es, en cambio, el ardor, el gozo de la lucha; es hermosa,



es mujer, es hermana del canto y de la ansiedad.

Montemayor destaca un sentimiento profundo sobre la vida en la poesía de Cuesta, capaz de sobrevolar nociones particularizadas o dicotómicas donde se contraponen a la muerte y de ir más allá de los clásicos sobre el tema en lengua española:

[...] la vida que él busca rebasa al transcurso, al individuo, al nacimiento y la muerte; busca una cierta percepción de la vida como hecho primordial, intraspasable. Y capturarla, hallarla, es más que tratar de asir su inteligencia o su razón, y ya no digamos sus afectos. El alma es una sombra, un rumor de transcurso; como él, es un vacío.

La vida es asimilada al “pasado azar”, por lo que habrá de conducir a un vacío, a una “sucesión de ecos cuya fuente desconocemos”. Cualquiera que sea la dirección que se toma del tiempo, entendiendo la vida como un “transcurso”, será una sombra. Situar la vida en estas direcciones temporales es “convertirla en el velo que debe recorrerse”. Cuesta buscó la vida como un elemento puro, sin accidentes afectivos, incapaz de alcanzar la muerte. Para Montemayor, en Cuesta, “cada verso es un microscopio, cada palabra es un preciso cristal o un instrumento que hiende esa carne”. El entender la vida como un “elemento puro”, y vaya que aquí resuena la formación de

Cuesta como químico, implica entender a la poesía sin el elemento de la pasión, lo cual habrá de permitir a la inteligencia abrirse hacia la “voz” del demonio, de la ciencia o de la tentación. Sin las ataduras pasionales, la inteligencia se encamina hacia la poesía entendida como “ciencia demoniaca”, es decir, de lo remoto y profundo. Mas allá de las pasiones habituales, Montemayor destaca en Cuesta *el deseo* de la inteligencia, la cual habrá de revelarse, por ello, como el interlocutor del silencio o voz demoniaca, que es lo que debemos escuchar en las “palabras literales”. Para poder seguir entendiendo a Cuesta, a partir de las nociones de ciencia y demonio, ahora ligadas a la poesía, el escritor chihuahuense se remite a las tradiciones griega y hebrea, muy conocidas por él.

Al momento de tomar en cuenta a Cuesta y a Gorostiza, Montemayor señala que, tanto uno como otro

penetraron en la poesía por una intensa búsqueda, por una irreversible pregunta intelectual. Al mismo tiempo, su poesía integra un vacío hostil a la inteligencia que busca sostenerse más allá de ella; un marco que no la detiene y donde esta, asombrada, ve algo en sí misma que la transforma. El que hace de todo un puro objeto intelectual y el que desea satisfacerse con el contacto ingenuo y pulcro de lo poético atraviesan su riguroso Aqueronte.

Pero, para de inmediato introducir lo que habrá de diferenciarlos, en Gorostiza existe

cierta ingenuidad teológica, una bondad que no incumbe al mal, sino al dolor; que no remite a ningún reino blasfematorio o diabólico, sino a la soledad; que no tiende a la violación de las moradas de Dios, sino a su sed. El poeta es para Gorostiza un hombre de Dios, ignorante de lo que ocurre más allá de la fragancia o del contacto de las cosas, de la belleza; no el colaborador demoníaco que sin balanza del bien y del mal se destierra de Dios y de todo lo que en Él ocurra.

Para Gorostiza, la poesía es una presencia en todas las cosas, mientras que el acto creador se reduce “al contacto agraciado con esa presencia”. El poeta es un “hombre de Dios, ignorante de lo que ocurre más allá de la fragancia o del contacto de las cosas, de la belleza”. En un análisis soberbio de *Muerte sin fin*, Montemayor destila cada uno de

sus elementos poéticos esenciales. El tema de la vida, la creación, sobre todo la muerte de Dios —que es en realidad nuestra vida— son puestos en una prueba que demuestra a su vez la lectura inteligente del escritor chihuahuense.

Una de las formas de comprender la obra literaria delicada, variada de Carlos Montemayor es atendiendo esta faceta que, como lector de sus pares, cultivó. Más que emitir una crítica sin más, fue capaz de dialogar en intensidad sobre los supuestos poéticos, estéticos, metafísicos, religiosos, morales, de su obra. Su comprensión de los poetas contenidos en este volumen deja entrever la forma en que su inteligencia, cultura y sensibilidad se unieron para contribuir al mejor conocimiento de la historia de la poesía contemporánea mexicana. Refiriéndose a la labor de traducción de Rubén Bonifaz Nuño, uno de sus maestros en el espíritu de lo clásico, habla de “diálogos creadores, fecundos”, que “no son información estática, muerta”, sino “renovación de conciencias”. Tal es lo que llevó a cabo.

